



## CHARLAS • CON PEPA • CHARLAS •

co, el que conocía, el que vivía, por el que vivía? «*cuando mi compañero estuvo en el monte...*». Y, echada la vista atrás, el discurso de María te retrotraía los años que fueran necesarios (hasta aquellos incluso en los que ni tú ni yo habíamos aún nacido) para hacerte entender ¡y que no se te olvidara nunca! que el enemigo no dormía y que era necesario estar alerta y combatir.

«*María, cuídate*», le decía yo alguna vez, preocupada cuando me hablaba de alguna pequeña enfermedad (contra la que luchaba tan denodadamente como había batallado contra el fascismo), de alguna caída, de aquellos achaques que, en una mujer que yo imaginaba próxima a los ochenta años, inevitablemente le aparecían y que comentaba siempre a manera de prólogo-excusa, en sus llamadas telefónicas, a la petición de la colaboración para la revista. «*Sí, sí, he estado mal, pero ya estoy mejor ahora... Tú también cuídate, Isabel, y mándame los folios sin falta mañana*» exigía, al final de nuestra conversación, implacable. La revista era su pan y su sal. Ella, que tanto hubiera dado por saber escribir de todo (libros, artículos, ensayos, cualquier cosa), sublimaba sus ansias de conocimiento a través de los escritos de otras, a través de la edición de una revista de la que se leía hasta

la última línea (y si algo no le gustaba, no dudes, hermana, que te lo decía sin tapujos).

María ha sido la única persona a la que he permitido cierta censura en un artículo. Fue con ocasión de un recuerdo que yo escribí sobre mujeres comunistas, socialistas y anarquistas. Y, como te digo, hermana, me lo espetó sin rodeos: «*No me ha gustado tu artículo. Es que tú no sabes..., claro, Isabel..., pero en el treinta y seis...*». El treinta y seis extendía siempre, fatalmente, sus tentáculos, y llegaba hasta aquí y hasta ahora (y por extensión, hasta mis artículos). Por alguna extraña razón, sin embargo, comprendí a María perfectamente. Su mundo y su tiempo eran otros. Por ellos había vivido, luchado y sufrido. Su mundo y su tiempo merecían respeto. El de los demás y el mío. Y varié ligeramente la composición sobre mis mujeres, en homenaje –en pequeño y cariñoso homenaje– a una anciana luchadora libertaria que seguía en la brecha.

Con motivo de la entrega del último artículo (el anterior a éste) me llamó con la conocida amenaza de siempre: «*Sólo falta el tuyo, Isabel. Hay que cerrar el número*» y me comentó, también como siempre, que no se encontraba bien. Le prometí enviárselo rápido a Teresa directamente (con lo cual ganaba un necesario día en el camino

hacia la imprenta). Le deseé que se restableciera, le felicité ya las próximas fiestas de Navidad y me informó que, como otros años, recibiría un pequeño obsequio de la revista a sus colaboradoras. Le envié, al despedirme, «*un abrazo, María, y hasta otro día*».

Días después supe de su muerte. Ni siquiera tuve la oportunidad de asistir a su entierro, porque, como te digo, hermana, su muerte fue imprevista y cogió a muchos desprevenidos. Teresa creo que andaba de viaje, nadie pareció tener mi teléfono... Sentí dolor ante la noticia. Lloré aquella noche la desaparición de aquella mujeruca que enviaba la escritura de otras y a la que, las otras, debíamos envidiar cosas mucho más importantes: su lucha, su pasión, la sencillez de su discurso...

Y volví a llorar cuando, muchos días más tarde, alguien me entregó la pequeña pluma morada con la que, en las navidades de 1992, la revista –es decir, María– obsequiaba a sus colaboradoras. Dentro del paquete, con irregular letra, una tarjeta decía: «*Feliz 1993. María Bruguera. Mujeres Libertarias*».

Feliz 1993 también para ti, María.